

*JUAN BELMONTE, MATADOR DE TOROS.
SU VIDA Y SUS HAZAÑAS*



Fig. n.º 75.- Chaves Nogales, M. (2003): *Juan Belmonte, matador de toros*. Epílogo de Josefina Carabias. Madrid. Alianza Editorial.

Esta obra, escrita a finales de 1935 por Manuel Chaves Nogales y editada en el diario La Estampa de Madrid, en entregas semanales, no ha dejado de reeditarse en forma de libro hasta nuestros días y, considerada ya como un clásico, posiblemente seguirá reeditándose en el futuro. Natural de Sevilla, Chaves Nogales se desplazó a Madrid, donde pronto triunfa como periodista. Ve frenada su ascendente carrera por la Guerra Civil que le obliga a emigrar a Francia, donde a su vez volvió a tener que marchar a Inglaterra cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Fue esta biografía de Belmonte, ya entonces traducida al inglés, la que le permitió introducirse con cierta facilidad en los círculos literarios londinenses. Su muerte a temprana edad, en 1944, fue, posiblemente, una de las mayores pérdidas de la historia del periodismo en lengua española.

Son estas, realmente, unas magistrales páginas con las que Chaves Nogales nos hace un recorrido por la vida de Juan Belmonte, encontramos, escritas en primera persona, como si fuera el mismo diestro trianero el que nos narrara su vida, como evoluciona un hombre hasta transformarse en torero.

Comienza con la infancia. De una forma clara y vívida, nos expresa, con una suerte de fraseología fluida que no deja de entusiasmar, cómo es la infancia de Belmonte, ahondando agudamente el periodista en las características psicológicas del niño que anticipan las del que luego sería torero. Refiere Chaves Nogales la precocidad de este chavalillo trianero al que, como primera gran impresión en su memoria, figuraba la muerte de un torero, *Espartero*, cuando contaba tan solo dos años. Y, así, nos va insinuando, de una manera casi imperceptible, aquellos rasgos que cristalizarían en el torero: Su andar recto, su pulcritud... De esta manera pasa, ya desde las primeras páginas, a escribir en primera persona, como si realmente él fuera ahora el torero, desapareciendo el periodista de la narración.

Va recorriendo la vida del niño que se hace adolescente. Cuenta con gran riqueza expresiva la empatía que alcanza el chiquillo con el becerro, en su primera faena, en la plaza de *Cara Ancha* cuando apenas contaba 12 años. La faena ideal, de la que nos habla en varias ocasiones a lo largo del libro, encuentra en estos primero balbuceos de torero un primer choque con la realidad del becerro, del que recibe una serie de revolcones que sin embargo sabe aceptar como parte de la estética taurina.

Uniendo a la peligrosidad del toro la de los Guardas Jurados y la Guardia Civil, comienza el toreo clandestino en campo abierto, a la luz de la luna de media noche, con una camisilla por todo capote, a toros de media casta en la dehesa de Tablada. Todos estos episodios sirven para venir a dar explicación de su modo de torear ceñido. También explican su talante más bien rebelde y anarquista, reflejado en su toreo que escapaba a todos los cánones acerca del modo de torear, el lugar del toro y el del torero. Es un torero popular, no de señoritos. Sus compañeros de correría taurinas de entonces no le permitirían, además, otra cosa.

Así, se va cuajando la personalidad de un torero que logra triunfar, en un duro tránsito del anonimato a la fama, mediante una combinación de ejercicios de virtud no meramente físicos-ascéticos, sino también, podríamos decir, místicos-espirituales: «El toreo es un ejercicio espiritual» repite en varias ocasiones. Y poniéndose a torear «con toda su alma», haciendo abstracción del público, del toro y hasta de sí mismo, realiza unos pases que lo colocan en estado de éxtasis del que solo lo hace salir el clamor de un público que se lleva las manos a la cabeza o las levanta hasta el cielo con lágrimas en los ojos.

En esta biografía del torero, se nos representa también rasgos sociológicos de la Sevilla de entonces. Logra, en sus descripciones del ambiente de la calle, las páginas mejor escritas de sociología urbana en castellano. Dibuja un magistral sociograma

de la mujer andaluza en general y sevillana en particular a través de descripciones precisas y agudas.

De las entrañas del escritor mana una prosa amena y ligera, a la vez que aguda y penetrantes, que cala hondo en el espíritu del lector permitiéndole conocer aquello que no ha vivido como si realmente lo hubiera vivido. Esta suerte de comunicación puede recordarnos a la simbiosis que logra el toro con el torero, entrevistador con entrevistado.

Si bien Belmonte fue el torero trianero por excelencia, en sus inicios pudo comprobarse una vez más como se cumple aquello de que *nadie es profeta en su tierra*. Hubo de ser Madrid quien lo revalidara como figura del toreo.

No le falta su musa, una mujer, cuyo nombre no se revela, aunque se reconoce que es una mujer casada, que actúa a modo de Dulcinea del Toboso en su ánimo. Está mujer está apunto de traerle la ruina por cuanto lo aleja y distrae de su oficio. En la lucha contra esta querencia, los esfuerzos de su apoderado tenían todas las de perder. Es el acto de renuncia a sí mismo, su firme determinación a morir al día siguiente en el ruedo ante unos toros ilidiables, el momento en el que se decide de un modo afirmativo su *ser o no ser* torero, con una entrega generosísima de todo lo suyo, llegando a quemar una a una las cartas de su amante que guardaba con gran celo como gesto de despedida y para poder mantener su anonimato cuando él muriera. A partir de este momento su trayectoria taurina se redirecciona hacia la cumbre del éxito.

Encontramos así una vida purgativa, previa a la unitiva-contemplativa que supone la cima del éxito. El torero que quiera alcanzar ésta ha de pasar por aquélla. El torero es puesto, de esta manera, como modelo, arquetipo social, en el que se miran aquellos que aspiran a triunfar en la vida en los más diversos campos.

Más adelante aparece una faceta intelectual en el diestro trianero. Buscaba Belmonte reunirse con intelectuales entre los

que se sentía a gusto y con los que se identificaba. Y así nos encontramos con que el periodista, convertido por arte de su estilo narrativo en torero-intelectual, reclama la intervención del sociólogo. Lo hace en dos ocasiones. En una de ellas, a propósito de unas reflexiones que hace acerca de cómo pudo alcanzar una popularidad de esa magnitud tan rápidamente, dice: «La popularidad que yo gocé y padecí en mis dos o tres primeros años de torero fue uno de esos fenómenos de la psicología de las multitudes que difícilmente analizan y desentrañan después los *sociólogos*» (pág. 144). Más adelante se interroga acerca de la forma de ser de los mexicanos y dice: «(Lo que pasaba en México) era de una barbarie inaudita, pero tenía a mis ojos atónitos, una grandeza de epopeya. No sé lo que pensaría de aquel generalito y de aquél país un *sociólogo* que hubiese tenido que viajar por México en aquel tiempo, pero yo no era sociólogo, sino torero, y para un torero aquellos públicos amantes, más que de nada, del riesgo, de la audacia y del desplante, era ideal» (pág. 191).

Posiblemente en relación a esta dimensión intelectual del torero trianero, aparece su concepto de libertad como familiarización con el miedo. Se familiariza con una desgracia para evitarla: «Hay que dar la cara a la adversidad para espantarla». «Hay que coger al miedo por los cuernos» (pág. 204). Solo con esta actitud ante el miedo y la muerte se explica la idea de suicidio que reconoce haber considerado en una época de desequilibrio, agudizado por lecturas enervantes.

En definitiva, este hombre, exponente del ideal de triunfo andaluz, al menos en su tiempo, nos ofrece como colofón a su vida, una visión general de ésta en la que sólo se explica, en los momentos de crisis (no por falta de éxito, sino más bien por su exceso), que *salga adelante*, gracias a un sentido del deber por encima de toda otra consideración. *¿Para qué seguir toreando si ya tenía todo lo que podía querer tener? ¿Qué sentido tenía*

seguir arriesgando la vida en una plaza de toros por un puñado de dinero que ya le sobra? Porque era torero y se debía a ello.

Acaba con unas magistrales lecciones acerca del presente y futuro del arte taurino. Hace también una interesante aproximación antropológica al arte del toreo, como fenómeno que encontraba su expresión natural en aquellos, prácticamente niños, que se acercaban a la sevillana dehesa de Tablada enfrentándose a unos toros a campo abierto, aplicando las técnicas que posiblemente se hubieran transmitido de generación en generación desde tiempos antiquísimos (incluso prehistóricos), hasta llegar a ellos; técnica con la que conseguían que el toro, que por su propia querencia emprendería la huida, embistiera al grupo perseguidor; siendo de esta manera aprehendido por la cornamenta y canalizada su propia fuerza hasta su derribo.

Manuel Guil Bozal
Universidad de Sevilla
mguil@us.es

